



Hacia una micropolítica del despiste:

*apuntes para una posible ética
en psicología*

Trabajo final de grado

Modalidad ensayo

Br: Elisa Gallinal

Tutora: Asist. Dra. Natalia Laino

Revisora: Asist. Dra. Adriana Rovira

Abril, 2026. Montevideo.



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Facultad de
Psicología
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

Hacia una micropolítica del despiste:

apuntes para una posible ética en psicología	1
<u>1. Primeras disposiciones</u>	<u>3</u>
<u>2. El despiste como modo <i>otro</i> de atención</u>	<u>7</u>
2.1 Poner a funcionar: encontrarnos despistadx	10
<u>3. Desviar el binarismo atención/despiste</u>	<u>17</u>
<u>4. Tras-tocando nuestra atención</u>	<u>23</u>
4.1 Hacia una ecología de la atención	25
4.2 Una clínica despistada y creadora	27
<u>Resonancias que insisten</u>	<u>31</u>
Agradecimientos	35
Referencias Bibliográficas	36

1. Primeras disposiciones

La palabra despiste, en este proceso, comenzó a tomar relevancia en una reunión grupal de tutoría de Trabajos Finales de Grado, cuando se integró al grupo mi amiga y compañera de formación Camila Ballesteros. Contábamos juntas cómo, unos días antes de aquella reunión, nos habíamos encontrado inesperadamente en la calle porque ella había perdido su ómnibus y yo me había olvidado de mi ropa en un taller. Un encuentro que se dio entre la vergüenza y la complicidad nos llevó a estar conversando por horas sobre cómo a pesar de las dificultades que se nos presentaban en la Facultad o en el trabajo por andar despistadas, nos alegraba que nos pudieran pasar otras cosas entre medio y que eso también sea una puerta de entrada para percibir de otra manera. Lo que en algunos contextos vivíamos como falla, disfuncionalidad o disminución, ahí empezó a volverse pregunta.

El juego de palabras y el tono anecdótico que comenzó a tomar aquel encuentro de tutoría, motivó preguntas como: ¿Qué pistas podemos encontrar en un despiste? y ¿Qué implican los encuentros despistados?

Algunas de estas preguntas se pueden volver paradójicas si las juzgamos muy rápidamente, y eso mismo, fue algo de lo que nos hacía seguir insistiendo en pensar cómo poner a funcionar la posibilidad de “atender al despiste” o “buscar pistas en el des-piste”, por más contradictorio que suene.

Luego de aquella reunión, con Camila y otrxs amigxs continuamos haciendo el ejercicio de pensar y recordar juntxs lo que hemos podido producir en los despistes. Tomando diferentes registros de sonidos, sensaciones, gestos, palabras sueltas y más que surgían en esta manera de estar, fuimos notando cómo se daba a entrever cierta potencia creativa en los despistes, pues implicaba estar relacionándose y percibiendo de una forma que nunca estaba dada ni era la esperada. Así, seguimos encontrándonos y curioseando a ver qué nos pasaba entre conversaciones, intercambios de mails en formato carta, caminatas, escuchas y miradas despistadas.

Desde esta inquietud, se ha tratado de abrir un espacio en el que podamos¹ pensar en aquellos modos de estar en el mundo en los que nuestra atención, antes que *dirigirnos*, nos *disponga* al encuentro, a la potencia de un hacer común que acarrea consigo configuraciones afectivas y corporales inusitadas.

En este movimiento, el ensayo nos invita a experimentar con los despistes también en una versión de audio, puesto que cada subtítulo que aparece de color azul en el índice nos lleva a un audio. En él encontrarán la lectura de este texto con sus ritmos, tonos y cadencias particulares. Lo sonoro se propone como un modo *otro* de acceder a la lectura que puede prescindir de la vista, la quietud y el pasivo silencio frecuentemente asociados al acto de leer *atentamente*. Quizás así, podamos darnos al despiste de una manera diferente a la que surge en los modos habituales de leer².

En tanto reconozco que la palabra *atención* ha sido muy manoseada y puesta a favor de intereses principalmente productivistas y económicos, algo que desarrollaré más adelante, tomo la posición ética de optar por la palabra *despiste* con el interés de justamente darnos la posibilidad de perder la dirección, es decir, des-pistarnos del orden productivo que muchas veces rige nuestra atención y, a su vez, tomarlo sin estigmas. El *despiste*, no se plantea en este trabajo como el opuesto de *atención*, sino como *modo otro* de atención que permite encontrar nuevos sentidos a nuestra experiencia sensible de estar atendiendo.

Esta propuesta surge de la incomodidad con la que directamente me ha conectado el término *prestar atención*, en cuya pronunciación encuentro un eco en la palabra *tensión*. Por lo que el cuerpo de esta escritura se dispone principalmente a la experimentación de la pregunta:

¿cómo el despiste puede ser un modo posible de participar en una configuración deseante?

¹ Iré alternando entre la enunciación en plural y singular, según lo que esté en juego en cada momento. Hablar aquí desde un *nosotrxs* nos hace visibles y partícipes del cruce de voces, encuentros y afectaciones del proceso de escritura y lectura. También utilizaré la “x” en algunas palabras para evitar la asunción de un masculino genérico que hace y enuncia, así como también para exiliarnos de las lógicas binarias de género en nuestros modos de nombrarnos. Estas decisiones, con sus búsquedas, incomodidades, tensiones y límites, no intentan ser resolutivas, ni absolutamente coherentes, sino que son provisionarias, así como el propio proceso de escritura.

² La decisión de crear esta versión de audio fue inspirada en el Trabajo Final de Grado *Psicología Bastarda* de Gael Fernández (2023), cuya idea surgió con el fin de producir fisuras en las lógicas capacitistas que circulan en los ámbitos académicos. Sumándome a la propuesta de Gael sobre lo sonoro como otro puente de accesibilidad, en este ensayo lo sonoro también se propone como vía posible para la singularización de nuestra atención.

Para pensar esta pregunta podría nombrar al menos tres etapas fundamentales de la escritura en sí misma. Una de ellas tuvo que ver con un extenso intercambio de mails que comenzó con Camila y se extendió a otras personas, donde no había más intención que la de darse al despiste con otrxs y ver qué pasaba. Estas funcionaban como refugio donde poder escribir por la sola necesidad del encuentro, de extender preguntas desde un matiz afectivo/amistoso y que en su contagio dejen de ser nuestras. Entre ellas, hemos podido retomar anécdotas, aforismos, fotografías, películas, libros y autores que nos apasionan. Estos, siempre *algo* tenían que ver con lo que nos veníamos preguntando.

Luego identifiqué otro momento en el que fui retomando las cartas intentando escribir entre algunos fragmentos posibles derivas que podrían ser tomadas para escribir este ensayo. Puede que ese haya sido el trabajo más desafiante, extenso, caótico e incómodo, puesto que suponía experimentar cómo poner a funcionar todos aquellos despistes en una escritura académica, algo que por momentos presentaba sus limitaciones.

En el pasaje por los diferentes momentos de escritura, fueron quedando fuera de este trabajo cosas que han sido muy importantes durante el proceso. Por lo que, lo que se encuentra en este tercer momento, no es un reflejo ordenado del mismo, sino la selección de algunas de estas derivas, intentando intensificar aquellas que permitieron pensar específicamente cómo lo experimentado sobre los despistes puede volverse algo valioso para nuestras prácticas en el ámbito de lo psi.

La pregunta de este ensayo ha sido retomada en diferentes capas o recorridos. En un primer momento, se proponen algunas dimensiones éticas que permiten introducir al despiste en relación al deseo y la producción de subjetividad. Luego se propone *poner a funcionar* al despiste como modo de disponerse a un pensamiento-creación que emerge de las afectaciones del propio encuentro, tomando a los desvíos como parte de los procesos productivos de una ética relacional e inmanente y abriendo la posibilidad de pensar una psicología por fuera de aquella lógica de funcionalidad que se alía a fines productivos predeterminados. El despiste en este tramo aparece como posible “pista” para la atención cartográfica.

Posteriormente se desarrollarán algunas concepciones hegemónicas de atención que hacen a lo que denominamos una *economía de la atención*, tensionando sus fundamentos productivistas y dicotómicos, propios de algunas psicologías funcionales a este orden, que configuran subjetividades orientadas a la eficacia, normalización e individualización de

nuestra atención. Más adelante, aparece el despiste como apertura o fuga de la colonización de nuestra sensibilidad, donde se produce la posibilidad de desindividualizar la experiencia de estar atendiendo, dando lugar a una sensibilidad común y dispersa que se produce en la indeterminación del encuentro.

A lo último, el ensayo se orienta hacia una *ecología de la atención*, donde aparece la misma como conformadora de entornos y ecosistemas colectivos. Desde allí, se abre la posibilidad de pensar a la clínica en psicología como espacio en el que se puedan desplegar prácticas micropolíticas donde alojar lo incierto, desviado e imprevisible para el despliegue de procesos singulares y colectivos de transformación de nuestra subjetividad.

2. El despiste como modo *otro* de atención

Para ensayar la pregunta *¿cómo el despiste puede ser un modo posible de participar en una configuración deseante?* considero importante subrayar la elección de este último término. Este busca hacer énfasis en algo que considero muy importante para el trabajo: el carácter incapturable del deseo, su no identificación con un sujeto u objeto y su imposibilidad de ser representado. Esta concepción del deseo surge del movimiento crítico y filosófico postestructuralista, alrededor de los años 60.

Además, en este contexto, Michel Foucault también es especialmente crítico con la supuesta objetividad con la que se han estudiado algunos conceptos relacionados al campo de lo psi que también nos permite pensar en las condiciones de producción de algunas definiciones sobre atención. En una entrevista (1965), señala que, entre los siglos XIX y XX, cuando pasamos a ser consumidorxs, además de productorxs, emerge una psicología de tipo *económico* con el afán de volver positivas nociones tratadas por la filosofía como alma o pensamiento. En este contexto económico y político, la atención también se fue definiendo como objeto de investigación científica en función de lógicas de rendimiento, medición, optimización y funcionalidad al orden productivo.

Bajo estas formas dominantes de producción de conocimiento, podemos decir que nos hemos encontrado con cierto modo *hegemónico* de concebir la atención. Cuando se habla de *prestar atención* se suele apelar a un *sentido común* de lo que esto es, vinculándola con un tipo de concentración voluntaria y focalizada en un objeto. Y tal como advierte Gramsci (2023), el sentido común no es más que una visión histórica sobre el mundo que ha sido condicionada por intereses particulares aparentemente desinteresados y universales que entran en sintonía con las lógicas de rendimiento, medición y optimización promovidas en aquel contexto económico y político. Los intereses sociopolíticos de cada contexto, constituyen las huellas ideológicas de lo que una concepción hegemónica impone. En este sentido, des-pistarnos de lo dado, así como revisar ciertos conceptos, nos invita a *tensionar* los intereses económicos y políticos con los que se han definido algunas nociones aledañas al ámbito de lo psi.

El campo de lo psi, siempre se encuentra asediado por el orden hegemónico, por intereses institucionales y políticos, pero al ser también un campo de interjuegos disciplinares, siempre se convive con una reformulación constante de relaciones de fuerza donde, como dice Carmen De Los Santos (2014), opera la constante fuga y dispersión. En medio de este

complejo entramado se fue tejiendo mi trayectoria formativa singular, vinculada a diferentes procesos colectivos que operan en un dentro-fuera de la Facultad de Psicología. Por esto mismo, me interesa destacar y hacer visibles a los desvíos y despistes como constituyentes fundamentales de una formación viva y en movimiento, poblada de acontecimientos que no pueden ser atrapados por sucesiones lineales o coherentes: “Captar los acontecimientos requiere una disponibilidad peculiar; significa hundirse en ellos, experimentar la propia existencia como relacionalidad: relación de sí consigo, con los demás y con el mundo” (Lee Teles, 2020, p. 95).

Esos despistes que, en otros contextos, muchas veces se vuelven expresión de falla, aquí nos invitan a ensayar la experimentación de una pregunta que me mueve como estudiante en una formación académica, como futura licenciada en psicología, como acompañante terapéutica en una escuela y como autora de esta escritura. Se ensaya esta escritura como forma posible de producir conocimiento, a la vez que se experimenta una vida colectiva, siempre situada, provisoria y en constante reformulación.

Me afirmo para esto en la práctica cartográfica que, como dice Suelly Rolnik (2004), no refiere a la creación de mapas fijos como representación estática, sino a trazados dinámicos que acompañan y se hacen a la vez que transforman el paisaje. Este modo de trazado se interesa principalmente por las estrategias de las formaciones de deseo que se despliegan en el campo social, por lo que tomaré a los despistes como signos de posibles insistencias, desplazamientos o reconfiguraciones de deseo en nuestra sensación, percepción y movimiento.

En suspensión y al tanteo, alojando dubitaciones y ocurrencias varias, el movimiento de esta escritura busca intensificar un pensamiento que, antes que representar a un objeto de conocimiento, se pueda afirmar en su capacidad configurante, relacional y creativa (Lee Teles, 2018). Escribir así no siempre es claro ni cómodo. A veces implica quedarse en ideas que nos causan incertidumbre, o en asociaciones que incluso pueden parecer fuera de lugar. Pero también es en esos desvíos donde se encuentra la insistencia vital por seguir pensando.

La asunción de la autoría en este ensayo, no refiere a una unidad de enunciación con nombre propio, sino que es el reconocimiento de una presencia activa en las tramas colectivas de las que somos parte y co-creamos en el devenir del pensamiento. Esta presencia activa me exige también un compromiso con las afectaciones propias del encuentro con diferentes teorías, prácticas, instituciones y relaciones de poder en juego.

Afirmo, junto a De Los Santos (2014), la intencionalidad ética y política de dar paso a pensamientos colectivos locales que nos permitan pensar a la creación como posición deseante y como *autoría autorizante* de inquietar el efecto de los totalitarismos hallados en los modos de producción de conocimiento hegemónicos. Me interesa aquí principalmente las producciones del orden hegemónico que han estudiado a la atención, por lo que tomaré una posición de autoría autorizante en la que se pueda habilitar que aquello que muchas veces aparece bajo el nombre de “despiste” como opuesto a “atención”, pueda ser leído como un desvío posible y válido de estar en relación con lo que nos afecta.

Trazar caminos nuevos es un asunto difícil, una continua ruptura con alfabetos antiguos, unas lentas circunvoluciones. Se trata de estar a contratiempo, de estar atento a las “migajas” (...), a los atajos, a los equilibrios rotos, al orden de aparición de las cosas... (Dufourmantelle, 2024, p.180).

Desde lo micropolítico tenemos la agencia de fisurar los modos dominantes que privilegian el rendimiento, la competitividad y la individualización, para poder dar lugar a configuraciones más sensibles, colectivas y creativas. En este sentido, siguiendo a Guattari y Rolnik (2006), pensar en micropolíticas del despiste puede abrir, aunque sea en forma mínima³, otras maneras de estar en relación que nos desplaza del plano de ideas abstractas desde donde se ha definido la atención, para pensar en el plano de las singularidades.

Por lo que en estos primeros acercamientos, al preguntarnos cómo el despiste puede ser un modo posible de participar en una configuración deseante, vamos trazando un movimiento diferente al de oponerlo a la atención, tomándolo como *modo otro* de atención, disponible y en relación a aquello que nos afecta en el propio entramado relacional del que somos parte y también producimos. Tomaremos aquí esa “participación” en una configuración deseante como algo que también implica formar parte activa de su producción en un común vivir.

³ Interesa aquí la potencia de lo mínimo en diálogo con las “Ceremonias Mínimas” propuestas por Mercedes Minnicelli (2013), donde lo mínimo no tiene nada que ver con lo insignificante, sino con aquellas sutilezas de lo cotidiano que habilitan condiciones de posibilidad para el sostenimiento subjetivo en contextos donde parecen arrasarse las lógicas de consumo y productividad.

2.1 Poner a funcionar: encontrarnos despistadxs

Con el ejercicio de escrituras despistadas que experimentamos con Camila, quien mencioné al principio de este trabajo, fuimos precisando trazar puentes con diferentes musicalidades, imágenes, películas y sensaciones con las cuales surgía el despiste y junto con las cuales podríamos pensar algo nuevo en relación a los diferentes modos de disponer nuestra atención. En estos intercambios de mails fueron emergiendo unas cuantas líneas creativas de estar escribiéndonos mediante descripciones de escenas o vivencias durante el propio proceso de escritura.

Recuerdo un momento clave en el cual intercambiamos con Camila sobre un fragmento de “Pensar con mover” de Marie Bardet (2012) sobre la atención en la danza, que no solo nos abrió a nuevos problemas, sino que también nos producía mucha confusión. El fragmento decía lo siguiente:

Ni en el instante, ni en lo eterno, sino en el tiempo que dura, un presente que se espesa, que se abrecha. Y donde lo único que cabe es prestar atención, porque de lo contrario, nada pasa, para nosotros, porque siempre-eso-pasa. Una atención, como se dice en el libro, al borde de no hacer nada, porque no hay nada que hacer. Un no-querer estratégico. Antes que una intención, o una dispersión absoluta, un presente atento a los criterios inmanentes (p.12).

En un momento, Camila tuvo una serie de deslices en donde cuenta que cada vez que leía *criterios inmanentes* terminaba leyendo *crímenes inmanentes*, y contaba cómo en realidad, al igual que a mí, le estaba costando adentrarse en algunos conceptos en los que veníamos curioseando. Sin embargo en este supuesto *fallo* de lectura, se estaba agenciando algo potente entre la palabra *crimen* (la cual tomamos como aquello que se desvía de la norma, la ley o el camino recto) y la palabra *inmanencia*, (entendida como aquello que produce y al producir se produce). Entonces, ¿qué pasa si pensamos a ese despiste que surgió en la lectura no como un obstáculo, tal como suele ser leído desde ciertos modos de pensamiento, sino como otra forma posible de entrar en relación con un texto?

Entiendo potente pensar al desvío producido en aquella conversación donde surge el agenciamiento *crimen-inmanencia*, como una posible *imagen de pensamiento* (Deleuze, 2012) que nos permite crear ideas en movimiento a la vez que se produce conocimiento en el propio desvío (crimen), lo cual nos permite afirmarnos en un pensamiento en devenir.

En este movimiento, leer erróneamente la palabra crimen se convierte en un desvío para continuar pensando, dando lugar a un modo posible de acercarnos a algunos conceptos por afectación. Este modo de pensar inmanente y en movimiento interroga a los modos dogmáticos de pensamiento que parten de procesos de representación trascendentes de las ideas y las cosas (Etcheverry, 2022), pues no es lo mismo acercarse a un texto atendiendo a lo que nos pasa con el mismo, que tan solo acercarse para reproducir, como un calco, lo que este dice.

Luego de aquella carta, le expresé estar dispuesta a cometer todos los crímenes inmanentes que precisemos... Es que si el mundo espera que seamos demasiado funcionales u operativxs, puede ser que nuestros despistes muchas veces sean también crímenes inmanentes. Estos nos apartan de la lógica de funcionalidad como respuesta a exigencias productivistas, pero también nos alían a la lógica de un *hacer con* aquellas relaciones que funcionan, y que, en las afectaciones que en estas se producen, incrementan nuestra potencia de obrar creativamente (Spinoza, 1980).

Me preguntaba en aquel momento: ¿Qué crímenes inmanentes precisamos cometer para una psicología y una cartografía afectiva que afirme una posible atención despistada por fuera de la lógica de funcionalidad como aquello que responde a fines productivos predeterminados?

Cuando hablo aquí de cómo poner a funcionar los despistes en una psicología y una escritura cartográfica, me pregunto e insisto en sus dimensiones éticas, es decir, relacionales (Spinoza, 1980), en tanto la ética, a diferencia de una moral productivista, no se inscribe en un conjunto de normas trascendentes que rigen cómo debemos ser y atender, sino en la inmanencia de los encuentros, en las afectaciones que allí se producen. Por lo que poner a funcionar esta escritura supuso cierta *actitud* que pueda acompañar los desvíos que se producen en los despistes como apertura hacia nuevas conexiones. Esta actitud tiene que ver con un *ethos cartográfico* (Passos, Kastrup & da Escóssia, 2009) desde el cual el pensamiento se orienta hacia el acompañamiento de una realidad que se va presentando como un plano donde se componen elementos heterogéneos, en cuyos procesos productivos nos vemos implicadxs. Este *ethos* se ha vuelto cada vez más pertinente a medida que fui identificando a los despistes como parte de una experiencia formativa y de vida que ponen a funcionar relaciones creativas y deseantes pero que no necesariamente son funcionales a un fin predeterminado.

Cuando en este ensayo se habla de pistas y despistes, se intenta trazar una posible composición entre el concepto de *pista* cartográfica al que se refieren Passos et al. (2009) en el texto “Pistas do método da cartografia” y cierto tipo de atención que también se disponga a estas pistas. Apartándose de lo que comúnmente se presenta como regla rígida de manual, las pistas creadas por estxs autorxs, sirven como guía hacia una *actitud cartográfica* para crear modos artesanales, sensibles, experienciales y abiertos de producir e investigar. Con estas pistas como guía podemos crear mapas abiertos en los que registramos flujos de deseo, posiciones cristalizadas y puntos de conexión. Todo aquello que se presenta en una confluencia de flujos y estratificaciones, expresan los entramados relacionales y políticos en los que nos encontramos inmersxs.

El despiste en este trabajo se vuelve una pista para el mapeo cartográfico, en tanto lo tomemos como un modo de atención abierto y disponible a la experiencia del encuentro, que precisa de la suspensión de expectativas previas y de supuestos saberes sobre determinado *objeto* también predefinido. En esta línea, mapear es distinto a hacer el calco de lo que ya conocemos (Deleuze y Guattari, 1980), pues el territorio en vez de configurarse mediante representaciones segmentarizadas y fijadas, se produce en un *plano de inmanencia*⁴ intensivo, en el que los movimientos y direcciones se trazan en la misma experiencia, donde la afectación por el propio movimiento produce una nueva relación o conexión.

De manera similar, lo que ocurre en los despistes, sería irrepresentable, en tanto no ocurre como una forma clara, predecible, identificable y modificable por la propia voluntad de unx sujetx, sino que ocurre como *pensamiento errante*: “gesto, salto, danza, separación extrema, tensa obscuridad” (Foucault, 1994, p. 85). Por lo tanto, lo que me interesa en este ensayo es, antes que nada, experimentar lo que los despistes ponen a funcionar colectivamente en el plano de movimiento de una configuración deseante. El acompañamiento sensible de aquello que se presenta inmanentemente implica una posición ante la construcción de conocimiento que, no resulta ni del intento de una representación de realidad ya dada y trascendente, ni de una posición relativista que se basa en interpretaciones subjetivas individuales, sino en el ser parte de ese plano colectivo de movimiento por el que circula el deseo.

⁴ El plano de inmanencia no preexiste, sino que se construye con el propio deseo, como vector de movimiento, como emisor de partículas y conjugación de flujos (Deleuze y Parnet, 1997).

Existe cierta afinidad entre el despiste y una de las pistas propuestas por Passos et al. (2009) sobre la atención en el trabajo del cartógrafox donde retoman al concepto freudiano de *atención flotante*:

Manera como, según Freud, el analista debe escuchar al analizado: no debe, a priori, conceder un privilegio a ningún elemento del discurso de éste, lo cual implica que el analista deje funcionar lo más libremente posible su propia actividad inconsciente y suspenda las motivaciones que habitualmente dirigen la atención. Esta recomendación técnica constituye la contrapartida de la regla de libre asociación que se propone el analizado. (Laplanche, 1974, p.38)

Lo curioso fue que, poco antes de leer por primera vez aquella pista cartográfica sobre la atención, también me había vuelto a aproximar a aquella definición freudiana que, cuando leí por primera vez en el inicio de esta formación en psicología, me había parecido maravillosa. Y aunque fue definida hace muchos años, me había resultado igualmente disruptiva para los tiempos actuales. El concepto de atención flotante se vuelve muy potente y afín con lo que entiendo por despiste en el punto donde lo tomemos como un modo de atención que nos *disponga* al encuentro sin establecer previamente jerarquías a ser atendidas. Es una definición que introduce en las psicologías un tipo de atención que, si bien es definida en un contexto mayoritariamente positivista y antropocéntrico, permite disponernos a lo no anticipado y a la asociación libre, abriendo una vía para dejar que ocurran distintos emergentes sin juzgarlos.

Passos et al. (2009), al pensar las pistas cartográficas, también enfatizan en la posibilidad de que la selección se encuentre inicialmente suspendida por inclinaciones previas, puesto que la atención no operaría como el acto de seleccionar información de forma focalizada en una suerte de voluntarismo o concentración en algo específico. En realidad, el tipo de atención cartográfica que proponen tiene que ver con la detección de aquellos signos y fuerzas que circulan. Algo que implica disponerse a aquello que en un principio se presenta como inconexo o fragmentado. Estar disponible a ello, afirma en la cartografía su carácter inventivo, en tanto que los datos no se recolectan, sino que se construyen (Passos et al., 2009) con las propias afectaciones que se producen en la disposición al encuentro, algo que nos afirma la no separación entre cartografiar y escribir; entre escribir y pensar; entre pensar y vivir.

Si bien esta definición de atención puede ser un gran aporte para pensar la atención cartográfica, hay algo en lo que lxs autores difieren que tiene que ver, entre otros aspectos, con el centramiento de Freud en lo que estxs llaman *atención auditiva*, y creo que este ensayo, así como también ellxs lo han considerado, ha desbordado la posibilidad de atribuirle a un sentido, órgano o sujetx nuestra experiencia atencional.

Otra cosa en la que también me permito diferir es en esta suerte de diferenciación entre *analizante* y *analizado*, pues, el quehacer cartográfico tiene que ver con el acompañamiento y la propia producción de deseo, algo muy distinto al acto de que unx sujetx analice el inconsciente de otrx, como si el inconsciente fuese interior a algo o diferenciable entre sujetos separables e identificables. Acompañar los procesos de producción de deseo tiene que ver justamente con seguir haciendo mapa, con poner a funcionar relaciones productivas, no en un sentido capitalista, sino en un sentido de producción-creación en un plano de movimiento deseante. Cuando el inconsciente deviene proceso de producción de deseo, deja de ser definido como una instancia para escuchar o interpretar, pues, antes que ser material o interior a unx sujetx, es un inconsciente maquínico (Deleuze y Parnet, 1997) que comprende y produce elementos heterogéneos expresados de diferentes maneras. Al disponer de un modo de atención que no se fije en un sujeto u objeto, sino que se pueda abrir a los desvíos en estos procesos, sería el acontecimiento lo que provoca la movilidad del pensamiento cuando nos damos a lo no sabido, la perplejidad y el asombro, es decir, cuando nos damos al despiste.

Despistarnos y abrírnos a lo acontecimental de la vida, es posible en un plano colectivo de movimiento desde el que se desdibuja la idea de una interioridad del sujetx, y con ella, las fronteras entre lo *mío* y lo de *lxs otrxs*, volviendo irrelevante la pregunta por quién desea, quién atiende o quién piensa y abriéndonos a otro modo de pensar el problema ontológico que respecta a la noción del *ser*; interpelando la clásica identificación y diferenciación entre sujetxs individuales. En esta línea y a continuación, nos remitimos nuevamente a la pregunta principal de este trabajo: *¿cómo el despiste puede ser un modo posible de participar en una configuración deseante?* y a partir de ella nos preguntamos: ¿qué implica esta indiferenciación entre sujetxs cuando queremos pensar al despiste como un modo posible de participar en una configuración deseante? ¿Cómo pensar en la potencia de lxs seres como productoxs de deseo?

En este momento, y en relación a estas preguntas, considero entonces importante posicionarnos ante cierto entendimiento sobre el ser que nos permite desplazarnos de aquellos

modos de pensamiento que nos llevan a entender la atención y el deseo como algo individual y objetivable. Para ello, tomo los aportes de Spinoza (1980), un filósofo que se dedicó a producir sobre el análisis del afecto en plena modernidad filosófica (siglo XVII). En aquel contexto, el cuerpo se pensaba como una materia inerte gobernada por una mente racional. La filosofía spinozista rompió con aquellos postulados al pensar en una ética relacional y en otros modos de configuración de los cuerpos, pero no en un sentido de materia biológica, sino en su conformación colectiva, planteando un modo diferente de diferenciación entre lxs seres que nos permite pensar la atención como configuración relacional y activa en los procesos de producción del deseo.

Desde los planteos de este autor, remitirnos a seres diferenciados tiene sentido pasando por la idea del ser como un ser unívoco inmanente, una única sustancia que se expresa en múltiples relaciones y dimensiones (Teles, 2020) de forma completamente singular, motivo por el cual lxs seres o cuerpos son modos de aquel ser unívoco. Cada una de estas singularidades, en función de su potencia, acarrea consigo la diferencia, lo que nos permite pensar la atención y el deseo como variaciones en las formas de ser afectadxs en los encuentros, es decir, como modos de estar y producir en una configuración deseante.

Es importante explicitar que cuando hablamos de un ser unívoco, no por ello nos referimos a un ser con un soporte central o jerárquico. Nos referimos más bien a aquella producción constante de diferencia en modos de relacionarnos y atender donde aparece la potencia de actuar como expresión vitalista y deseante de los encuentros. Esta ética relacional, propiamente inmanente, no cabe en encierros dicotómicos tales como lo uno y lo múltiple, ser y ente, o individux y comunidad (Teles, 2020), puesto que el cuerpo, en su concepción relacional, no sería ya concebido como organismo unitario y biológico, sino como modo de expresión de la sustancia del ser.

Para el filósofo, las diferencias entre lxs seres se expresan por las diferencias en los grados de potencia. Esto es algo que nos permite pensar en el orden de lo práctico, en aquellas relaciones que nos son vitales, que aumentan nuestra potencia de actuar y nos habilitan a ensayar una ética como “una teoría y una práctica de los poderes de ser afectado” (Deleuze, 2021, p.309), siendo esto lo que determina el grado de potencia de lxs seres, algo que no lo podemos saber previo a la experimentación en el encuentro. El poder de ser afectadxs siempre está colmado, pero este puede estarlo de dos maneras diferentes: disminuyendo o aumentando nuestra potencia de actuar. Por lo que puede que los despistes nos sirvan como

pistas para saber de qué afectos somos capaces. No qué somos, sino qué podemos en el encuentro. Y en esa experimentación de lo que podemos, nos damos la oportunidad de disponer nuestra atención desde lugares menos identitarios, dando lugar a modos más relacionales y singularizantes de atender.

Componiendo con el pensamiento spinozista, Deleuze (2003) nos convida con una metáfora muy bella sobre una semilla a partir de la cual nos invita a desplazar nuestro pensamiento de la preocupación por lo que algo *es* (por su forma o identidad), para pensar en su potencia, es decir lo que ésta puede:

La semilla posee un límite. ¿Pero un límite de qué? Al menos no de figura. Una semilla posee efectivamente un contorno, pero no es esa la cuestión. Puedo efectivamente seguir su contorno con mi dedo, ¿pero qué habría captado de la semilla? (...) Luego aprendo que una semilla perdida en un muro es capaz de hacerlo saltar. ¡Ah, el grano de girasol hace saltar mi muro! ¡Una cosa que tenía un contorno tan pequeño! (...) El límite de algo es el límite de su acción, y no el contorno de su figura (...) La cosa no tiene otro límite que el de su potencia o su acción. La cosa es entonces potencia y no forma. El bosque no se define por una forma, se define por una potencia: potencia de hacer proliferar árboles hasta el momento en que ya no puede más. De allí que la pregunta que tengo que hacerle al bosque no es: “¿Cuál es tu figura y cuáles tus contornos?”. La única pregunta por hacer al bosque es: “¿Cuál es tu potencia?”. Es decir: “¿Hasta dónde irás?” (Deleuze, 2019, p. 405).

Si pensamos al despiste no como una falta de centro, dirección o *contorno*, sino como la potencia de la semilla, que es capaz de hacer saltar el muro o la pista dada (en su sentido productivo), que es capaz de cometer un crimen inmanente, es decir, de correrse de la ley de la funcionalidad productiva, entonces el desvío-despiste puede ser visto como un posible acto de rebelión, de efectuación de su potencia para la creación.

Tomar a los despistes desde aquí, nos invita a hacer desde la diferencia, a producir desde la *errancia* y desde el ejercicio de una potencia que actúa en virtud de su necesidad o conveniencia. Siendo importante aclarar que lo que nos conviene, en términos éticos, no remite a una cuestión de plusvalía mercantil, sino a aquello que se reconoce como crecimiento y alegría (Larrauri, 2001), aumento de nuestra potencia de obrar en diferentes configuraciones relacionales. Algo que en este trabajo se vuelve fundamental para pensar la vida y la clínica.

3. Desviar el binarismo atención/despiste

Se dice de quien está en la luna que anda despistadx, y puede ser que así sea, ¿no es la luna, desde tiempos ancestrales, un gran punto de conexión con nuestros afectos, ciclos, recuerdos, sueños, aguas, mareas y plantas?

Hay momentos en los que precisamos estar *en otro lado* para poder seguir en donde estamos, y aún así, seguimos estando aquí presentes, pero no ya respondiendo a una insistencia normalizadora de estar “atentx”, como si hubiese un único y homogéneo modo de hacerlo, sino desde el despiste.

A algunxs niñxs me gustaría preguntarles si no habrán tenido la fortuna de ir a la luna cuando en la escuela les repiten que rendirían mejor si no estuvieran distraídxs, pues algunas canciones, dibujos y juegos maravillosos nos precisan en la luna para ser inventados.

Haber sido una niña también cuestionada por supuestamente no *prestar atención*, es una de las huellas que hoy me interrogan y me mueven a ensayar esta escritura despistada. He precisado correrme de la limitada posición identitaria de *sujeta des-atenta*, hacia un posición activa por dejar de comprendernos a nosotrxs mismxs mediante categorías que tan solo tienen sentido en la individualización de nuestra atención y poco sentido tienen en la búsqueda por aquellas afectaciones que incrementan nuestra potencia.

Con esta intención, he precisado hacer una búsqueda entre los textos referentes que hayan sido asimilados mayoritariamente por aquellos estudios desde los cuales se define a unx individux como capaz de atender o no, y también, desde los cuales se definen tratamientos para corregir la atención y distinguir lo normal de lo no-normal. En este apartado me dedicaré a revisar en mayor profundidad algunas definiciones que hoy en día confluyen perfectamente con la moral del éxito y la productividad y que han logrado presentarse como formas socialmente válidas, es decir, de *sentido común* (Gramsci, 2023), de entender la atención.

Haciendo una búsqueda entre los textos sobre *atención* del curso de *Neuropsicología de la Mente* de nuestra Facultad, no ha faltado la mención a William James como el hombre que sentó las bases sobre el concepto en *Principios de la psicología* en 1890. Por ejemplo, Fernández (2014) nos hace un recorrido por los más destacados modelos de atención que derivan de la siguiente definición:

La atención es la toma de posesión de la mente, en forma clara y vívida, de uno de lo que parecen varios simultáneamente posibles objetos o trenes de pensamiento. Focalización, concentración de la conciencia son su esencia. Implica la retirada de algunas cosas con el fin de hacer frente eficazmente a las demás, y es una condición que tiene un verdadero opuesto en el estado mental de despiste, confusión y aturdimiento (James, W., 1890 p. 403-404).

Entre todos estos modelos, destaca los de Mirsky y Duncan y el de Posner y Petersen. El primero, nos dice Fernandez (2014), define los *elementos de la atención*, y su fortaleza radica en que tiene una base psicométrica que “hace que sea clínicamente funcional” (p. 5). Este modelo ha sido referencia para quienes han hecho análisis factoriales en estudios de atención donde han utilizado como muestra a personas con psicosis y también a personas con VIH, como si en estas poblaciones se encontraran variables asociadas a supuestas *alteraciones* de la atención *normal*. Dicha muestra utilizada da cuenta de cómo este modo de producción de conocimiento supone cierta neutralidad a la vez que introduce cierto estigma ante la mirada social de algunas personas.

Con el segundo modelo, basándose en el concepto de *redes cognitivas y anatómicas de atención*, se produce un test de redes de atención que evalúa la capacidad del *sujeto* para responder a estímulos según sus tiempos de reacción. Notemos aquí algo no menor: la valorización de la rapidez.

Al abordar el concepto de atención, cuando James (1890) nos propone entenderla como el acto de retirar un conjunto de cosas para hacerle frente a otras de manera eficaz, clara, vívida, consciente y focalizada, también traza una línea que posiciona como su antítesis aquello que se entiende por *despiste, confusión y aturdimiento*. Además, como dicen Passos et al. (2009), desde este modelo se ubica a la selección voluntaria como la función primordial para la eficacia. Este entendimiento sobre la atención, como la puesta en acto de una función selectiva hacia la acción, fue incorporado por una gran cantidad de enfoques psicológicos y es una importante referencia para los estudios sobre el famoso TDAH (Trastorno por déficit de atención con Hiperactividad).

Desde estos modos de entendimiento es que se ha impulsado la definición y el tratamiento de estos cuadros cognitivos junto a los psicofármacos, constituyendo lo que Caliman (2006) denomina la *biología moral de la atención*. Esta se refiere al proceso histórico y científico en los cuales la atención y el autocontrol se vuelven valores morales específicos de la época y a su vez, mecanismos biológicos y cerebrales.

Desde esta moral, el TDAH se denomina como una patología de la voluntad, en la que lxs sujetos, por un defecto en la inhibición cerebral, presenta dificultades para cumplir normas sociales y desarrollar prudencia en cuanto a la capacidad de planificación del tiempo. Así, se va produciendo un ideal identitario a partir de la administración óptima o no de la atención, como si fuera un capital a gestionar por la propia voluntad.

Desde este modo de concebir la vida se refugia el *capacitismo* como eje de opresión (Fernández, 2023) que estructura nuestras vidas, ejerciendo y reproduciendo violencia sobre las corporalidades identificadas como incapaces en el momento en el que no pueden responder a la pista de la producción capitalista.

Según Caliman (2006), el diagnóstico y el tratamiento del TDAH funcionan como *tecnologías de subjetivación* que buscan corregir la supuesta *desconexión* con el futuro que surge a partir de la ineficaz gestión de nuestra voluntad de atender. El fármaco se vuelve entonces la solución para adquirir autonomía y recuperar nuestra productividad. Tal moral productivista tiene que ver con lo que Claire Bishop (2025) identifica como la *ética laboral* para una vida virtuosa. Esta, para su sostenimiento, considera que los placeres sensoriales implican un peligro. Así, más adelante desarrolla cómo, en realidad, la distracción no constituye el opuesto de la atención, pero sí ha supuesto la “acusación de una atención extraviada que se formula contra un otro percibido como deficiente o vulnerable” (p.32).

La división es muy clara en James (1890): Es atento quien es capaz de retirar un conjunto de cosas para hacerle frente a otras de manera eficaz, clara, vívida, consciente y focalizada, y quien no pueda hacerlo así es su antítesis, lo que con estigma se ha definido como *des-atento* o *despistado*.

Estos discursos desde las neurociencias que se han consolidado como verdades, hacen parte de lo que Foucault (1976) denominó como *la biohistoria*, a la cual define como huella del efecto de las intervenciones médicas a nivel biológico en la historia de la especie humana. En tal influencia de la medicina en la historia, es el saber médico-hegemónico mismo, en su propio exceso de producción, el que es peligroso, en tanto, tiene sus consecuencias que exceden a lxs individuos y que calan en la propia historia, perpetuando cierto dominio médico que produce, por fuera de la categorización de enfermedad o de su ausencia, un poder autoritario que normaliza nuestras vidas (Foucault, 1976) y creo, nos hace temer a nuestras propias percepciones desviadas del mundo.

Dicho temor se propaga junto con el incesante aumento de diagnósticos de TDAH y de medicación para su tratamiento. Cotidianamente, se escuchan personas que asumen ellas mismas tener “déficit atencional”, un diagnóstico que ya ha estado en la boca de todxs y que parece que nos lo podríamos diagnosticar a nosotrxs mismxs.

El miedo a la falta de control de nuestra atención (entendida en un sentido cognitivo), no sólo se expresa en el excesivo diagnóstico de TDAH, sino que se extiende hacia otros malestares (no necesariamente ligados a la atención), que para el modelo médico hegemónico se convierten en algo misterioso a clasificar, comprender y corregir, en tanto no calzan con el status de confort y privilegio que mantiene la vida en orden. Otros modos posibles de percibir y andar en este mundo quizás más delirantes, despistados, desviados, depresivos y no por eso menos valiosos, se terminan reduciendo a desequilibrios químicos presentados en forma neutra. Así, se nos va negando la posibilidad de rastrear junto con dichos padecimientos, historias de exclusión, segregación y alienación que condicionan nuestras trayectorias de vida (Cvetkovich en Hedva, 2016).

La figura dogmática del sujetx de la atención que encaja con este estatus de confort y privilegio se alinea con las concepciones ilustradas del sujetx moderno (Bishop, 2025). Estx tiene agencia, dirige su atención de manera intelectual y cognitiva (no sensorial ni afectivamente), la dirige en términos de pertenencia: “toma posesión de la mente” (James, 1980, p.403-404), como una propiedad que nace de su interior, individualmente, y que se dirige a otros objetos separados de sí, que aprehende autónoma y voluntariamente. Este modelo del *sujeto normativo de la atención* (Bishop, 2025) trata de una posición estructuralmente reservada para pocxs y que por lo tanto tiene escasa pertinencia para las existencias minoritarias (Deleuze & Guattari, 1980), en tanto se sostiene en un paradigma de propiedad, disciplinamiento, posesión y dominio que encuentra su fundamento en un entendimiento de la vida que es de supremacía blanca, occidental, colonialista, y heteropatriarcal.

Fernandez-Savater en conversación con Citton (2023), coinciden en cómo habitualmente hay una mirada catastrófica en relación a nuestra atención ligada a la invasión de las Tecnologías de Información y Comunicación. Sin embargo, Citton cuenta una serie de desplazamientos que nos invitan a ver esta perspectiva con otros ojos. En el primero, cuenta cómo en realidad esta preocupación no es un fenómeno novedoso, sino que nunca se habló tanto de la atención como alrededor de 1880, en el momento en el que la industria comienza a organizar nuestras

vidas. Luego, afirma que no es la tecnología en sí misma la que inaugura el problema de la atención, sino el capitalismo como contexto socioeconómico ejerciendo presión sobre el uso que hacemos de estas tecnologías. Por último, desplaza el problema de la atención como problema individual a uno colectivo, así como también enuncia lo ambiguo que se vuelve el término de estar *distraidx*. Si bien puede ser bueno estar concentradx en algunas circunstancias, como por ejemplo manejando una bicicleta o en algunas creaciones artísticas, no tiene sentido considerarlo como un bien absoluto desde el cual definir la distracción como un opuesto. A partir de esto dice: “La distracción no existe más que en relación a una autoridad: estoy distraído porque hay que prestar atención a esto y yo en cambio estoy concentrado en esto otro” (p.31).

Según Citton (2023), necesitamos más precisión en cuanto a aquello que definimos como un problema atencional. Este problema, que siempre es un problema de autoridad, es a su vez un problema político, y en algunas circunstancias en las que se intenta controlar nuestro *cerebro*, para Citton, nuestra libertad está vinculada a poder distraernos. En término de este trabajo: *despistarnos*. Según el autor, el problema de la atención es la *economía de la atención*, ya que empresas como Google o Meta, son las que reúnen la mayor cantidad de capital en nuestra época, y lo que en realidad están vendiendo es nuestra atención, como si de la misma se pudiese hacer un uso extractivo para seguir produciendo algoritmos que favorezcan el consumo. Esto no es otra cosa que la continuación de algo que comenzó en el siglo XIX.

Tanto la *economía de la atención* como el *déficit de la atención*, en esta sociedad en la que vivimos, para Bishop (2025) “coexisten como dos caras de la misma lucrativa moneda, y ambas apuntan a monetizar nuestra capacidad para concentrarnos” (p.42). Reconocer esto no implica negar la posibilidad del uso de psicofármacos como posible apoyo (entre otros) para abordar ciertos malestares, pero sí poder ser críticxs con el hecho de que la atención y concentración no pueden tan solo ser definidas y estudiadas en base a la búsqueda de logros académicos o laborales que siempre requieren de más y más. Que cada quien pueda tomar medicación para un *mejor desempeño*, normaliza la idea de que es natural, preciso y pertinente acelerar las velocidades y cantidades del propio trabajo.

Otros descentramientos

La oposición binaria atención/despiste, es una expresión más de cómo se ha propagado el pensamiento de la representación, proveniente de la filosofía platónica. Lapoujade (2016), tomando al pensamiento deleuziano, entiende por *representar* la operación de *fundar* sobre

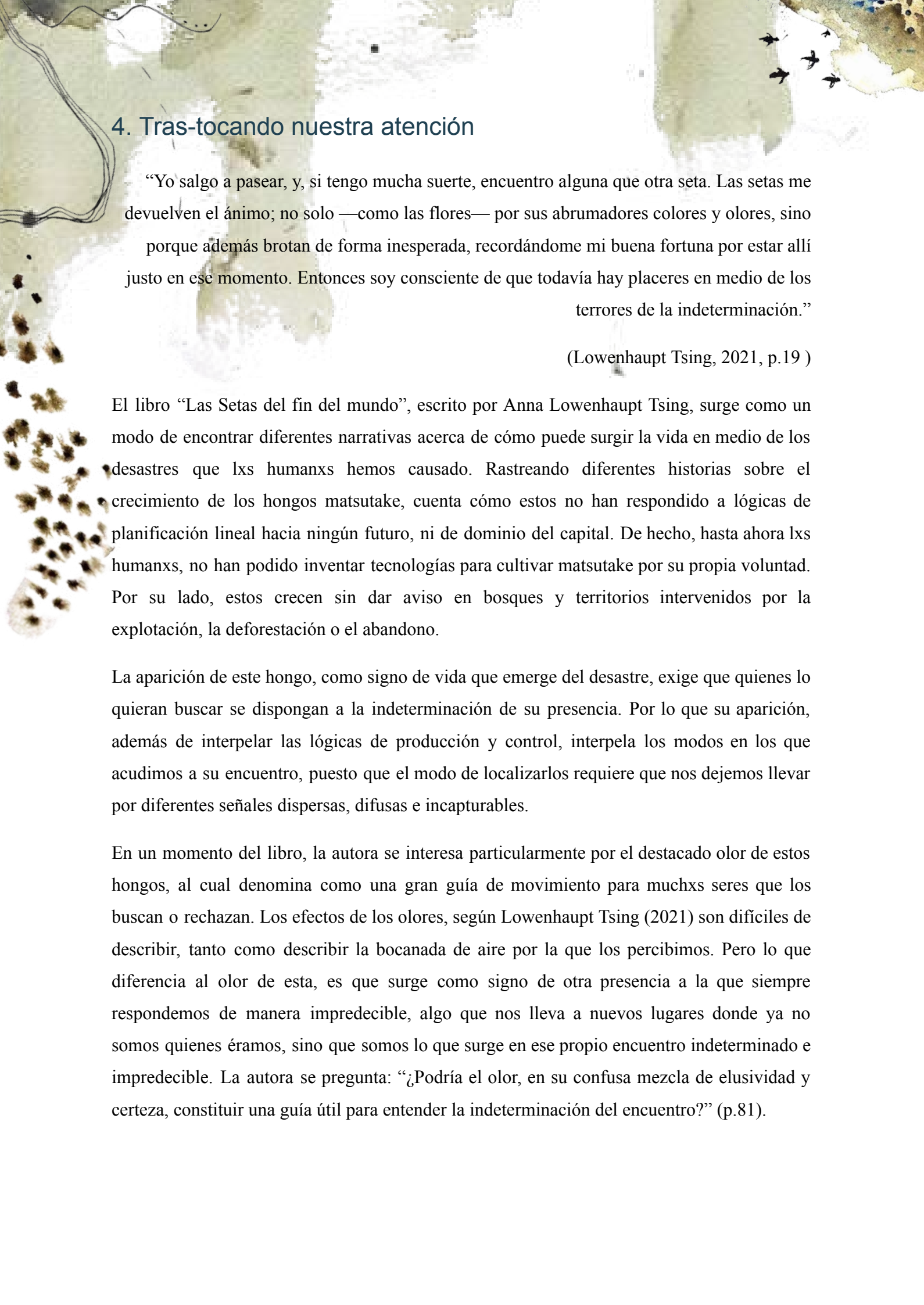
una identidad, y dice “solo se *funda* para juzgar” (p.61). La lógica identitaria distribuye a lxs seres según ordenamientos jerárquicos sobre los que se asienta el pensamiento binario. En la soberanía identitaria del ser, se fundan binarismos tales como atentx/despistadx, cuerpo/mente, activo/pasivo, sujeto/objeto, hombre/mujer, personal/social, locura/cordura, salud/enfermedad, etc.

Desde la lógica de la representación es que también se ha fundado una epistemología higienista que busca representar a los sentidos como si fueran un sistema de cableados completamente separables entre sí, que se pueden conectar o desconectar para su control y estudio. En esta separación, se ha asentado el *oculocentrismo* perceptivo (Bardet, 2021), con el que funciona la supuesta *objetividad* científica, pues este insta una forma de ver que establece como criterios válidos para conocer la mirada frontal, focal, central y a distancia de un supuesto *objeto* de conocimiento. Este modo de conocer, no solo separa los sentidos, sino que también delimita, organiza y representa a lo que se conoce como *funciones cognitivas*. La *atención*, estudiada desde esta lógica, como una función cognitiva más, se vuelve susceptible de ser aislada, entrenada o corregida.

Si bien los modelos de conocimiento racionales y oculocéntricos, fundantes de la psicología experimental, han sido históricamente los más hegemónicos, y continúan vigentes en las ciencias sociales y de *lo psi*, es posible desde estos mismos campos, ensayar otras epistemologías sensibles y encarnadas, pues es desde allí que podemos trastocar el orden de cosas y las relaciones de poder producidas en torno al conocimiento.

Afortunadamente, formas *otras* de atención pueden ser ensayadas, no intentando cancelar la mirada, sino descentrándola y desjerarquizándola para poner en práctica *otras micropolíticas entre los cuerpos* (Bardet, 2023) donde poder *tocar-pensar-mover-sentir* amigándonos con la extrañeza (incluso, la extrañeza de sí).

Desde una psicología despistada, la atención se tras-toca porque el mundo nos toca.

The background of the page features a watercolor-style illustration. On the left, a thin, winding river flows downwards. In the upper right corner, several small black birds are depicted in flight. Along the left edge, there is a vertical column of small, brown, mushroom-like shapes. The overall color palette is muted, with greens, browns, and greys.

4. Tras-tocando nuestra atención

“Yo salgo a pasear, y, si tengo mucha suerte, encuentro alguna que otra seta. Las setas me devuelven el ánimo; no solo —como las flores— por sus abrumadores colores y olores, sino porque además brotan de forma inesperada, recordándome mi buena fortuna por estar allí justo en ese momento. Entonces soy consciente de que todavía hay placeres en medio de los terrores de la indeterminación.”

(Lowenhaupt Tsing, 2021, p.19)

El libro “Las Setas del fin del mundo”, escrito por Anna Lowenhaupt Tsing, surge como un modo de encontrar diferentes narrativas acerca de cómo puede surgir la vida en medio de los desastres que lxs humanxs hemos causado. Rastreando diferentes historias sobre el crecimiento de los hongos matsutake, cuenta cómo estos no han respondido a lógicas de planificación lineal hacia ningún futuro, ni de dominio del capital. De hecho, hasta ahora lxs humanxs, no han podido inventar tecnologías para cultivar matsutake por su propia voluntad. Por su lado, estos crecen sin dar aviso en bosques y territorios intervenidos por la explotación, la deforestación o el abandono.

La aparición de este hongo, como signo de vida que emerge del desastre, exige que quienes lo quieran buscar se dispongan a la indeterminación de su presencia. Por lo que su aparición, además de interpelar las lógicas de producción y control, interpela los modos en los que acudimos a su encuentro, puesto que el modo de localizarlos requiere que nos dejemos llevar por diferentes señales dispersas, difusas e incapturables.

En un momento del libro, la autora se interesa particularmente por el destacado olor de estos hongos, al cual denomina como una gran guía de movimiento para muchxs seres que los buscan o rechazan. Los efectos de los olores, según Lowenhaupt Tsing (2021) son difíciles de describir, tanto como describir la bocanada de aire por la que los percibimos. Pero lo que diferencia al olor de esta, es que surge como signo de otra presencia a la que siempre respondemos de manera impredecible, algo que nos lleva a nuevos lugares donde ya no somos quienes éramos, sino que somos lo que surge en ese propio encuentro indeterminado e impredecible. La autora se pregunta: “¿Podría el olor, en su confusa mezcla de elusividad y certeza, constituir una guía útil para entender la indeterminación del encuentro?” (p.81).

Desde esta pregunta, lo que me interesa aquí no es instaurar una nueva primacía sensorial, desplazando al oculocentrismo por un olfato-centrismo, sino que me interesa pensar en la propia indeterminación del encuentro cuando dejamos emerger nuevas sensibilidades, pero no ya organizadas en la separación entre sentidos o canales perceptivos para “recibir” información, sino como una forma de estar implicadxs, como una cuestión relacional y mutante.

La atención, desde una implicación sensorial, entonces no precisamente se dirige a un objeto, sino que emerge impredeciblemente a través de nuestras afectaciones en los encuentros, componiendo modos de existencia que exceden lo humano y a nuestra individualidad. Quienes buscan estos hongos se dejan guiar por rastros y señales de vida de otrxs seres que habitan el bosque, las cuales funcionan como signos de su aparición.

Para pensar en esta implicación sensorial y a su vez difusa, me interesa la noción que recupera Bardet (2021) sobre la *cenestesia* de Heller-Roazen. Esta noción insiste en un sentido co-extendido del tacto que nos permite hablar de una sensibilidad común o transversal, es la “sensación de estar sintiendo algo, [que] hunde sus raíces en una forma dispersa de tacto, que solo tiene de continuo la duración de la sensación” (p.41). Este modo desde el cual se describe la sensación de estar sintiendo algo en un encuentro despistado, interpela cualquier modo de inteligibilidad higienista que separe los sentidos como si fueran un sistema de cableados diferenciables, pues es en la posibilidad de darse a aquellos instantes donde emergen nuevos modos de relación de cuerpos entre cuerpos y fuerzas entre fuerzas. La cenestesia, refiere a la experiencia difusa y dispersa de sentir algo, que no es atribuible a un cuerpo biológico, a un órgano como el de la piel ni a una parte del cuerpo como las manos, y que, a su vez, nos permite pensar en otras dinámicas de atención que no apelan a la voluntad, ni a la conciencia, ni a la separación de sentidos.

Hubo manos que no supieron ser binarias, fueron y serán fugitivas. Se negaron a optar por el lado izquierdo o el lado derecho, entre percepción o sensación, entre pensamiento o imaginación, entre sexualidad o espiritualidad, entre tocar o telepatizar. (Alina Ruiz Folini, 2023, p.34-35)

Desde este modo de *tocar* que propone Bardet (2021), me gustaría extender una invitación a atrevernos a *tras-tocar* nuestra atención: Tras-tocar nuestra atención es trastocar los límites de un cuerpo previamente definido, es el acto rebelde de no atender en relación a una autoridad, sino de *tocar* en un sentido extensivo, de atender en relación a una sensibilidad común y no-binaria o representacional. Es trastocar lo que entendemos como claro y

separable de nosotrxs mismxs y permitir que los encuentros nos afecten. Es recuperar nuestra potencia singular y colectiva en los encuentros, que tantas veces entregamos sin notarlo en *pequeños actos obedientes* (Lee Teles, 2020). Implica habitar ese *entre* al que nos introduce el despiste, sin resolver el carácter de su indeterminación, sino al contrario, quedarse en ella como para que otras formas de relación por fuera de los regímenes binarios de atención puedan emerger.

4.1 Hacia una ecología de la atención

Retomando el libro “Las setas del fin del mundo”, me interesa en este momento cómo la autora toma de hilo conductor al hongo matsutake para contar historias reales sobre los diferentes contextos de ruina en los que este ha podido surgir. Por ejemplo, se dice sobre este hongo que cuando cayó la bomba atómica en Hiroshima en 1945, fue el primer ser vivo en resurgir en aquel paisaje devastado. En estos paisajes, donde las narrativas de progreso, estabilidad y control se tambalean en medio de las crisis económicas, ecológicas y sociales de hoy en día, Lowenhaupt Tsing (2021) se interesa por aquellos modos de vida que surgen y se sostienen en un futuro no garantizado, así como por aquellas “especies que viven juntas sin que exista ni armonía ni conquista” (p.27).

Quienes me leen quizás se pregunten: ¿qué tiene que ver entonces hacer una micropolítica del despiste con el crecimiento del hongo matsutake?

Volviendo directamente a lo que planteaba inicialmente sobre cómo el despiste puede ser un modo posible de participar en una configuración deseante, quizás la cuestión sea pensar más en términos de *ecología* y de redes micelares, que en términos de maximización y direccionalidades preestablecidas. Pues, así como el hongo matsutake brota inesperadamente en paisajes arrasados por el capitalismo y los intereses imperialistas, gestándose bajo su superficie mediante redes de micelio subterráneas, el despiste también lo hace ante las exigencias de funcionalidad y consumo, perdiendo la dirección del progreso y del orden productivo.

Pensar en la dimensión ecológica de la atención escapa de un entendimiento antropocéntrico de la misma, puesto que no refiere a una función humana distribuída, sino a una *ecología de inter-sensibilidades* (Giraldo y Toro, 2020), donde el despiste agrieta el régimen de la

afectividad capitalista y conecta nuestras trayectorias vitales con otros seres. Además, según Yves Citton (2023), con nuestra atención conformamos entornos o ecosistemas colectivos donde se singularizan los encuentros entre cuerpos y se expresa nuestra presencia en un aquí y ahora. En esa singularización de los encuentros, el deseo se vuelve flujo y aumento de conexiones, y, la atención en su dimensión ecológica, deja de ser una capacidad interna para devenir una práctica distribuida que se sostiene por las relaciones que la hacen posible y también la modifican.

Desde nuestras prácticas psi, podemos pensar en hacer una micropolítica del despiste como la potenciación de aquellos estares colectivos que nos permiten darnos a la fuga de las psicologías que se alían a los procesos de producción de *subjetividad capitalística* (Rolnik y Guattari, 2006) para controlar y corregir nuestra atención. En el arte de tocarnos, en su sentido co-extensivo (Bardet, 2021), es que ampliamos nuestros mapas sensibles, es que le damos lugar al devenir del deseo en tanto productor de “flujos de inconsciente en un campo social” (Deleuze y Parnet, 1997, p.90). Al despistarnos, podemos producir nuevos mundos deseantes, nuevas cartografías afectivas, nuevos mapas móviles.

También podemos pensar a la atención en términos ecológicos tomando los planteos de Guattari (1996) en lo que denomina *ecosofía*, como articulación ético-política entre tres registros ecológicos: el medio ambiente, las relaciones sociales y la subjetividad humana. Ante los procesos de subjetividad que tienden a la descomposición y a la homogeneización *mass-mediática*, surgen de todos modos reivindicaciones de singularidad y diferenciación. En los planteos ecosóficos de Guattari, lo que se busca es trazar ciertas líneas que favorezcan nuestras prácticas en la articulación de estos tres registros mencionados. Desde allí, antes que aislar nuestra atención, la situamos en ese mismo entramado y le damos lugar al despiste. Los modos en los cuales se organizan esos registros, cuando son tomados por el orden capitalista, manipulan nuestra subjetividad para “proteger la existencia contra cualquier intrusión de acontecimientos susceptibles de trastocar y perturbar la opinión. (...) cualquier singularidad debería, o bien ser evitada, o bien pasar bajo la autoridad de equipamientos y de marcos de referencia especializados” (p.46).

Tiene sentido tomar a la ecosofía planteada por Guattari (1996) como *problematización transversal* a estos tres registros, en tanto lo que busca es que, a través de ellos, podamos poner en práctica una *resingularización* individual y colectiva donde “lo que primará será la expresión creadora como tal” (p.49). Esta resingularización es el propio carácter del despiste

como modo *otro* de atención, produciendo diferentes modos de expresión de una configuración deseante. El despiste, como un movimiento de transformación en donde se articulan y ponen en juego estos tres registros, nos posibilita reinventar nuestros territorios existenciales, permitiéndonos resistir a la homogeneización de nuestra sensibilidad.

Disponernos al despiste sería además el acto de *conceder atención*, del que habla Despret (2022): hacer el doble gesto de prestar atención (en su sentido singularizante) y de reconocer el modo en el cual otros seres disponen su atención. Algo que trata de poder crear mundos más habitables o apropiados para existir, no en el sentido de la *apropiación*, sino en el sentido de “honrar las maneras de habitar, inventar lo que los territorios implican y crean como maneras de ser, como maneras de hacer” (p.36).

4.2 Una clínica despistada y creadora

“Dar lo común supone dar un común sentir frente al sentido común. Un común sentir que vacile ante verdades establecidas por hablas del capital.

El sentido común blindo, anestesia, protege *omnipotencias desamparadas* con fórmulas de resignación, consuelo, odio, autoayuda. Un común sentir aloja afectos, acoge sensibilidades, recibe emociones llagadas.

El sentido común refuerza el convencimiento del *solo me pasa a mí*. ”
(Percia, 2025, p.345)

A pesar de que hacer psicología hoy día implica muchas veces situarse en medio de paisajes ruinosos, esto no necesariamente nos lleva a la total impotencia o el punto final de nuestra capacidad de obrar, sino que, entre todo el desastre que el capitalismo hace con nuestra subjetividad y nuestros modos de atender al mundo, siempre existen modos de disponer con otrxs espacios de recomposición subjetiva, de *un común sentir*. Siempre vuelve a crecer el yuyo en la piedra.

Como psicólogxs, tenemos la posibilidad y responsabilidad ética de atender también de otra manera, de darle valor a aquello que atendemos, de *conceder atención* (Despret, 2022) y movernos de aquella posición desde la cual parece que fueran lxs otrxs, individualmente, quienes tienen *problemas de atención*. Como si unas cuantas prácticas psicológicas no fuesen, en gran medida, también reproductoras de subjetividades capitalísticas, por justamente no disponer de una atención singular a quien está padeciendo los estigmas de lo que hegemonícamente se ha definido por des-atentx. Lo que me interesa aquí, es que,

afirmándonos en esta ética tengamos la posibilidad de obrar singularizando nuestros encuentros, dejando de perpetuar, mediante nuestra atención, lugares privilegiados y reproductivos.

Como dice Grebert (2016), no se trata de un desafío *personal* (individual) destinado a *personas especiales* ('locxs', 'autistas', 'hiperactivxs', 'des-atentxs') para su *control-exclusión y/o disciplinamiento-inclusión* (Skliar, 2002), sino que se trata de seguir entramando en el propio plano-tejido en el que vivimos y desde el que surgen todos los modos de *ser* (Spinoza, 1980). La invitación de Grebert (2016) es a desplegar en este mismo tejido modos creativos y condiciones más propicias para que la locura se despliegue en el devenir del deseo. Y la invitación aquí, es a sumarnos a dicha iniciativa, pero haciendo énfasis en la posibilidad de desplegar nuestros modos despistados de existencia, en desplegar su potencia.

Siguiendo este hilo, tomo a los planteos de De los Santos como una referente fundamental para esto, puesto que, en su modo de practicar, difundir y transmitir el psicodrama, se interesa por la producción de *Espacios clínicos de potenciación social y afectiva* que, en su quehacer particular, pone en diálogo el psicodrama de Jacob Levy Moreno con la filosofía spinozista, invitándonos a poner en acción aquellos “movimientos autónomos que velan por el aumento de nuestras potencias singulares y colectivas” (Valentina Martinez, p.47). Si bien no haré un despliegue sobre el psicodrama en este trabajo (aunque afirmo que las influencias del pensamiento psicodramático siempre estuvieron presentes), me interesa hacer énfasis en su modo de plantear a los espacios clínicos como *espacios de potenciación social y afectiva*, donde lo que importa es la experimentación del pensamiento en acción (De Los Santos, 2023)

La autora plantea a la clínica psicoterapéutica como un campo fronterizo, heterogéneo y lleno de excepciones pero, a su vez, situado y local, donde lo que se sostiene es un locus común, en el que puedan surgir nuevos emergentes a través de las posibilidades compositivas e impredecibles que suscitan los encuentros. Desde una *ética inherente a la alegría*, se busca aumentar nuestra potencia de actuar y crear colectivamente prácticas de singularización ante los arrasamientos superfluos de la vida humana (De Los Santos, 2014).

Esta apuesta por una micropolítica del despiste dispuesta a los desvíos o *crímenes inmanentes*, puede aliarse con el concepto de *clinamen* que trae Rodríguez Nebot (2014), al cual entiende también como desvío mínimo de lo concreto que nos interroga en nuestra propia implicación. El clinamen lo toma como el acontecimiento que permite dar luz, en

paralelo, a otras maneras de pensar y existir en relación al sufrimiento. De esta forma, la clínica no se define por la aplicación de una técnica o saber, sino por la atención al efecto y producción de lo nuevo en los procesos de singularización subjetiva.

Allí donde los crímenes inmanentes de nuestra atención, abren otras posibles configuraciones, la clínica se puede volver en una posible práctica de reparación y resistencia, donde se puedan cartografiar, es decir acompañar estos desvíos, insistiendo en el crecimiento de la alegría. Así, es posible dejar que emerja el despiste en medio de la dominante homogeneización de nuestra subjetividad, tal como crecen los hongos matsutake en los territorios que parecen arrasados.

Así como la cartografía tiene que ver con el acompañamiento de realidades compuestas de elementos heterogéneos (Passos et al., 2009), la clínica se pone en juego de la misma manera, es decir, cartográficamente, como espacio político de acompañamiento (Montes Paez, 2024). Tomar el carácter político del acompañamiento nos invita a asumir los problemas de la vida como la violencia de un diagnóstico, la exclusión, el sufrimiento o la falta de recursos, como afectación compartida, algo que nos compromete con el invento de prácticas que desafíen la separación individual entre las personas a la que apuntan las *producciones de subjetividad capitalística* (Rolnik y Guattari, 2006), reivindicando la dimensión acompañada e interdependiente de nuestras vidas como una forma de vivir y resistir.

De todos modos, creo pertinente que, insistir en el carácter local, situado y relacional de la clínica como modo de acompañar procesos es algo muy distinto a la actitud colonialista de imponer otros procesos o teñir cualquier espacio con saberes del ámbito de lo psi. Como dice Camila Barceló (2024) “hay mundos de saberes y prácticas relacionadas con el acompañar, la experimentación y el sostén de la vida que no necesitan ni necesitarán nunca de nuestra intervención” (p. 28). La experimentación inmanente de un común, de invención de nuevos modos de vida y de redistribución de afectos se mueve en un flujo deseante que desborda cualquier disciplina. Esto produce y se inserta en medio de la propia vida, pues, como dice Pal Pelbart (2022), “un grupo de teatro, performance, de intervención, podría ser considerado bajo la misma lógica” (p.14).

La creación como puntapié para la clínica es lo que le atribuye la posibilidad de ser un espacio de resistencia. Apuntar a la resistencia no tiene que ver necesariamente con el ejercicio de una oposición o de un decir que no, sino con el hecho de poder crear nuevos modos de existencia, puesto que “crear es resistir” (Deleuze y Guattari, 2019, p. 112).

Cuando hacemos énfasis en el carácter creativo de la clínica, nos damos la posibilidad de *hacer con* arte y otras disciplinas que, en un primer momento, pensaríamos que no tienen nada que ver con el campo de lo psi, pero que en un quehacer cartográfico son bienvenidas, en tanto amplían nuestros mapas perceptivos y la complejidad de nuestro pensamiento. Ni el arte ni otras disciplinas son ornamentos a *integrar* o para poner *al servicio de*, decimos *hacer con* arte, haciendo referencia al arte como techné: “esa capacidad artesanal de engendrar relaciones” (De Los Santos 2014, p.37), que nos da pie a realizar elaboraciones estéticas de nuestros problemas, implicándonos somáticamente en la experiencia difusa y dispersa de cartografiar y despistarnos.

Hacer y atender con arte sería pues, acompañar una tendencia (Bergson, 1987) en el acto de percibir, en el acto de “*com-poner, entre* dos, o más bien *en medio*” (Bardet, 2012, p.185). Un medio que, en su anclaje, produce una desviación inmanente de un presente que dura, contemplando toda una suerte de experiencias sensibles que constituyen la *atención a la vida*.

Este modo de hacer, según Isabelle Stengers (2023), implica disponerse a imaginar, establecer conexiones y asumir las consecuencias de lo que emerge. Cuando surge como espacio de juego (Sánchez-Mateos Panigua, 2023), nos damos la posibilidad de ingresar en un estado de experimentación deseante donde se produce un interjuego entre gestos, formas, sensaciones y sentidos que nos posibilitan darle lugar al despiste, y resistir a la insistencia por la colonización de nuestra sensibilidad (Etxeberria, 2023).

“Un verdadero arte político no requiere de intérpretes ni de criticxs. No necesita de traducotrxs, está inmediatamente inserto en el mundo de la vida y, por lo tanto, es pleno de sentido”

(Colectivo Desface, 2012, p.11)

Resonancias que insisten

La figura de lo que hegemonícamente se entiende por despsitadx ha operado como categoría cargada de exclusión y estigma. Desde los regímenes hegemonícos occidentales de inteligibilidad, despistarse implica estar *en otro lado*, por fuera del ritmo esperado y de la realidad, como si existiese un único modo de estar en ella. Por lo que, el despiste, desde ese modo de ser comprendido, ha sido el efecto de un régimen moral que identifica y jerarquiza determinados modos de atención por sobre otros.

Durante la escritura de este ensayo he buscado trazar otra posición desde la cual poder hablar de los despistes. Una posición desde la cual poder hacer *con* los mismos, poniéndolos a funcionar (no en un sentido utilitario, sino relacional) en la propia práctica de pensamiento y escritura. Trabajar con los despistes ha implicado asumir el posicionamiento ético y político de renunciar a pensarlos desde un lugar deficitario para hacer el movimiento de ubicarlos como potencia relacional: un modo de producción poblado de *virulencia poética y política* (Val Flores, 2021) riquezas, afectos, sensibilidad común, sensaciones y percepciones infinitas. El modo de producir conocimiento aquí ha sido entre los desvíos que se han producido en el propio acto de atender y que han constituido a este trabajo.

Desde dicha posición, se buscó desplazar el despiste de la pista dominante. Es decir, aquella ligada a los valores del progreso, desde los que se procura la infinita *mejora* del ser humanx en términos de “acción, conciencia e intención” (Lowenhaupt Tsing, 2021, p.45). Este desplazamiento tuvo que ver con perder aquella pista normativa por la que no circula el deseo, pues tan solo va hacia adelante y nuestro deseo crece en todas las direcciones. Se trató de afirmar el poder de creación del despiste y darle un sentido rebelde y no peyorativo a la propia palabra *des-piste*. Esta creatividad radica en una indeterminación direccional que nos dispone a lo que nos rodea, en la oportunidad de realizar nuevas conexiones vitales, siendo las afectaciones producidas en estas conexiones y su capacidad de desviarnos, lo que nos constituye y determina nuestra potencia de obrar (Spinoza, 1980). Esto configuró una posible *pista* de atención cartográfica y una posición ética en el modo de producir conocimiento.

Este desplazamiento implicó reconocer el carácter político del despiste como posibilidad de abrirse de los regímenes capacitistas que se inscriben en la biología moral de la atención, desde los que se identifican sujetxs capaces o incapaces a partir de su respuesta a la pista de la producción capitalista. Desde una micropolítica de las percepciones y los afectos

(Perlongher, 2016), atender al despiste nos abre la posibilidad de sostener la vida en común e inscribir en esta misma micropolítica nuestras prácticas psi.

En este sentido, este ensayo no solo se trató de reformular lo que se ha entendido por despiste, sino que también nos permitió situar la dimensión política de la práctica clínica en relación a nuestra atención. La atención en la clínica puede ser también la práctica ética y política de hacer existir y hacer deseables (Despret, 2022) los diversos modos de despistarse, abandonando las categorías de bien o mal moral. Se trata de una clínica en la que se pueda cartografiar los procesos de producción deseante de los propios desvíos, es decir, poder acompañarlos y en este mismo acto también producirlos.

Este modo de entender la clínica, también ha coincidido con el modo en el cual se ha abordado la propia escritura del trabajo. Cuando vuelvo a leer este texto, creo que en la propia lectura se puede percibir sutilmente (o no tanto) algo de su forma. Aquellos momentos en los que la escritura tomaba determinada velocidad o saltos intensivos creo que también se expresan en la propia lectura, así como también se pueden ver aquellos momentos donde la escritura se volvía densa o poblada de idas y vueltas cuando la propia lectura toma un ritmo algo lento.

La escritura de un posicionamiento ético para hablar del despiste en relación a una filosofía de la inmanencia ha sido quizás el momento más espeso, así como también vertiginoso. Quizás coincidan conmigo que se puede percibir cierto espesor, por ejemplo, en la capa del trabajo llamada *poner a funcionar, encontrarnos despistadx*, donde lo que me interesaba era tomar la posición ética de poner a funcionar el despiste en relación a una filosofía de la inmanencia. Pero en todo esto entraba en juego una dimensión caótica que implicaba un desafío, puesto que, a la vez que los despistes producían con determinados conceptos desde un *pensamiento errante*: “gesto, salto, danza, separación extrema, tensa obscuridad” (Foucault, 1994, p. 85), la escritura se tensionaba cuando se precisaba un determinado orden conceptual y el establecimiento de estas relaciones conceptuales de forma clara, donde se pueda producir un encuentro amable con quien lee, sin caer en una escritura encriptada. En este movimiento de ordenamiento también ha sido desafiante no pasar hacia el otro extremo en el que, aunque parece mucho más certero, se inscribe la reproducción vacía de conceptos. Durante todo el proceso, fue necesario ir y venir constantemente entre la conceptualización y los despistes, haciéndolos producir conjuntamente.

Quisiera agregar también a esto la mención de la dimensión académica de este ensayo, en la que se inscriben ciertas líneas duras y quizás no tan vitales que han tensionado la escritura, ya que escribir un ensayo académico exige ajustarse a ciertos plazos y formas que muchas veces entran en conflicto con los desvíos y pausas de nuestros propios procesos de vida. Esto, no por ser mencionado, posiciona lo académico y la vida en movimientos opuestos o dicotómicos, sino que hace explícitos distintos juegos de fuerzas y tensiones que conviven y también producen.

Con algunas activaciones conceptuales ya hechas (sobre las que igualmente he vuelto hasta lo último), quizás se pueda apreciar más en la segunda mitad de la lectura cómo la propia escritura ha tomado cierta velocidad y fluidez, algo que considero que tuvo ver con el poder seguir mapeando una vez explicitadas (aunque no acabadamente) ciertas afirmaciones éticas que en el propio trazado dinámico de la escritura-vida-pensamiento se continuaban reafirmando.

En esta línea, la escritura ha sido también una experiencia vital de reparación, en tanto esa etiqueta de despistado que a muchos nos ha estigmatizado desde la niñez, ha tomado otros sentidos y nos ha permitido afirmarnos en nuestros despistes, desplazando la mirada del *déficit* a la experimentación de la potencia.

Una vez dicho todo esto, podría decir entonces que, lo que se ha presentado en este trabajo han sido algunos trazos de este mapeo con la intención de generar una suerte de aproximación a una postura ética y política para la vida, intrínseca a la psicología que me interesa seguir construyendo una vez egresada.

Arrimando las últimas palabras, recuerdo un ritual muy frecuente que hacemos al despedirnos con el grupo de psicodrama del que formo parte, en el que cada persona inicia una oración con un “no me quiero ir sin decir que...” y continúa con lo más espontáneo que surja en ese momento. Por lo que *no me quiero ir sin decir que* no hace falta cargarnos de sabiduría o saberes expertos para ensayar una vida y una clínica inherente a la alegría, sino de disposición a lo inusitado de un encuentro, al salto hacia un tiempo diferente.

Tampoco me quiero ir sin decir que preciso volver a agradecer y reconocer a quienes han estado presentes en las andanzas, preguntas, juegos lecturas y escrituras que ha supuesto este trabajo. Pues escribirlo hubiese sido algo insostenible sin esa red vital, necesaria y amorosa

que dio lugar al encuentro, a las dudas compartidas y también a los despistes. Pensar nunca ha sido un acto solitario y ¡qué placer que así sea!



Agradecimientos

A Rufi, por subirme a sus cohetes de papel e invitarme a jugar en la luna. Ha sido una alegría inmensa acompañar(nos) y andar juntxs despistadxs, gracias por esa semejante sensibilidad tan única, bella y de la que he aprendido tanto.

A todxs lxs amigxs y familiares que han acompañado este proceso y que también se han sentado a leer conmigo. A Camila y aquellxs amigxs con quienes hemos intercambiado cartas y andanzas despistadas. Por creer y confiar en estas insistencias, gracias inmensas.

A Nati, por su tutoría, por motivarnos en la escritura de cartas, por los libros preciosos que nos ha compartido, por la paciencia y las lecturas durante este proceso.

A los servicios autogestionados de Cantina y Fotocopiadora del CEUP, y especialmente al equipo con el que compartí ese tiempo, por sostener espacios donde hacer un común vivir en medio de las exigencias que nos han atravesado. Por el cariño, las conversaciones, los encuentros y las formas de hacer que dieron lugar a modos más vitales e inventivos de trabajar y sostener la vida. Por dar lugar al desvío cuando las lógicas mercantiles arrasan nuestros espacios de trabajo, e insistir allí donde a veces parece que más nada se pudiera hacer.

A Carmen y a las grupalidades psicodramáticas que habité, gracias por hacerme creer en otras psicologías posibles, por la posibilidad de desindividualizar y desintelectualizar nuestros padecimientos, por la poesía y el tierno sostén de nuestros encuentros



Referencias Bibliográficas

- Barceló, C. (2024). *Cuidar un jardín, crear un pueblo. Aportes de la psicología para cultivar una atención hacia la vida* (Trabajo final de grado, Universidad de la República). Repositorio Institucional de la Universidad de la República
- Bardet, M. (2012). *Pensar con mover: Un encuentro entre danza y filosofía*. Cactus.
- Bardet, M. (2021). *Perder la Cara*. Cactus.
- Bergson, H. (1987). *Memoria y Vida* (G. Deleuze, Ed.). Alianza.
- Bishop, C. (2025). *Atención Trastornada. Formas de ver arte y performance hoy*. Caja Negra.
- Caliman, L. (2006). *A biologia moral da atenção. A constituição do sujeito (des)atento. Tese de doutorado*. Instituto de Medicina Social da Universidade Estadual do Rio de Janeiro.
- Citton, Y. (2023). Contra la economía de la atención, por una ecología de la atención: conversación con Yves Citton. In A. Fernández-Savater & O. Etxeberria (Coords.), *El eclipse de la atención*. NED ediciones.
- Colectivo Desface (2012). *Contra el arte y lx artista*. La Disgráfica.
- Deleuze, G. (2012). *Diferencia y repetición* (Trad. M. Delpy y H. Beccacece). Amorrortu.
- Deleuze, G. (2019). *En medio de Spinoza* (3rd ed.). Cactus.
- Deleuze, G. (2021). *Derrames. Entre el Capitalismo y la Esquizofrenia*. Cactus.
- Deleuze, G., y Guattari, F. (1980) *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia* (La disgráfica ed.). Pretextos.

Deleuze, G., y Guattari, F. (2019). *¿Qué es la Filosofía?* Editorial Anagrama.

Deleuze, G., y Parnet, C. (1997). *Diálogos*. Pre-Textos.

De Los Santos, C. (2014). La instalación como paisaje en el campo de la clínica. En J. Rodríguez Nebot (Comp.), *Clinamen: Acontecimientos y derivas en psicoterapia*. Psicolibros Universitario.

De Los Santos, C. (2023). *Deseo de Psicodrama*. Psicolibros Waslala.

Despret, V. (2022). *Habitar como un pájaro: modos de hacer y pensar los territorios* (S. Puente, Trans.). Editorial Cactus.

Dofourmantelle, A. (2024). *El elogio del riesgo*. Nocturna Editora.

Encuentro, C. (1965). *ENTREVISTA A FOUCAULT | Filosofía y Psicología | Entrevista por Alain Badiou en 1965*. [Video].

<https://www.youtube.com/watch?v=6GiBOhedI-s>

Etcheverry Catalogne, G. Cartografía del problema de la producción de lo común en la grupalidad [en línea] Tesis de doctorado. Montevideo : Udelar.FP, 2022.

Etxeberria, O. (2023). Atención primaria; ejercicios en la zona de sombra. In A. Fernández-Savater & O. Etxeberria (Coords.), *El eclipse de la atención* (pp. 89-103). NED ediciones.

Fernández, A. L. (2014). Neuropsicología de la atención. Conceptos, alteraciones y evaluación. *Revista Argentina de Neuropsicología*, 25, 1-28.

- Fernández, G. (2023). *Psicología Bastarda Una narrativa auto etnográfica desde la potencia del cruce: entre espacios de activismo y la producción de violencia epistémica en la Universidad*. Facultad de Psicología, Universidad de la República.
- Flores, V. (2021). *Romper el corazón del mundo: modos fugitivos de hacer teoría*. Continta me tienes.
- Foucault, M. (1994). Ariadna se ha colgado. *Archipiélago*, 17.
- Foucault, M. (1976). La crisis de la medicina o la crisis de la antimedicina. *Educación Médica y Salud*, 10(2), 152–169.
- Foucault, M. (1977). Historia de la Medicalización. *Educación médica y salud*, 11(1), 3-25.
- Giraldo, O. F., & Toro, I. (2020). *Afectividad ambiental: sensibilidad, empatía, estéticas del habitar*. El Colegio de la Frontera Sur.
- Gramsci, A. (2023). *La hegemonía de los excluidos: Materiales para una vida auténtica*. Biblioteca Nueva.
- Grebert, L. (2016). *Cartografía de diálogos entre la locura y el ordenamiento psiquiátrico. Configuración de un atlas de imágenes-pensamiento [Tesis de maestría]*. Facultad de Psicología Universidad de la República Colibrí.
- Guattari, F. (1996). *Las tres ecologías* (J. Vázquez Pérez & U. Larraceleta, Trans.). Pre-Textos.
- Hedva, J. (2016). *Teoría de la mujer enferma*. Jauría ediciones.
- James, W. (1890). *The Principles of Psychology*, vol. 1. Holt & Co.
- Laplanche, J. (1974). *Diccionario de psicoanálisis*. Editorial Labor.
- Lapoujade, D. (2016). *Los movimientos aberrantes*. Cactus.

Larrauri, M. (2001). *El deseo según deleuze*.

<http://carneperformer.weebly.com/uploads/5/2/9/6/5296680/deseodeleuze.pdf>

Lee Teles, A. (2018). *Filosofía del porvenir*. La Hendija.

Lee Teles, A. (2020). *Política Afectiva, apuntes para pensar la vida comunitaria*. Fundación la Hendija.

Lowenhaupt Tsing, A., & Ramos Mena, F. J. (2021). *La seta del fin del mundo: Sobre la posibilidad de vida en las ruinas capitalistas* (F. J. Ramos Mena, Trans.). Capitán Swing Libros.

Martínez García, V. A. (2025). *(An)danzas comunes para el bordado de otros territorios: A la escucha de aquello que puebla un cuerpo de baile candombe* (Trabajo final de grado, Universidad de la República). Repositorio Institucional de la Universidad de la República.

Minnicelli, M. (2013). *Ceremonias mínimas: una apuesta a la educación en la era del consumo*. Homos sapiens Ediciones.

Montes Paez, F. (2024). *Acompañar es político: ensayo transfeminista sobre la situación de calle*. Abduciendo Ediciones.

Pelbart, P. P. (2022). Elementos para uma cartografia da grupalidade. *Revista Concinnitas*, 23(44), 85-99.

Passos, E., Kastrup, V., & Tedesco, S. (2009). *Pistas do método da cartografia: pesquisa-intervenção e produção de subjetividade*. Editora Sulina.

Percia, M. (2025). *Darse al pensar*. Ediciones La Cebra.

Perlongher, N. (2016). *Devenires minoritarios*. La Disgráfica.

- Rodríguez Nebot, J., & Rodríguez Nebot, J. (2014). *Clinamen: Acontecimientos y derivas en psicoterapia*. Psicolibros Universitario.
- Rolnik, S. (2004, Diciembre). Cartografía sentimental Transformaciones contemporáneas del deseo. *Campo Grupal*, 63, 2-4. Rolnik, S., & Guattari, F. (2006). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Traficantes de sueños.
- Ruiz Folini, A. (2023). Dar la mano. En *Tocando al extrañx interior* (pp. 31-42). Cactus.
- Sánchez-Mateos Panigua, R. (2023). Los juegos de la atención creadora (o el arte que somos). En A. Fernández-Savater & O. Etxeberria (Eds.), *El eclipse de la atención* (pp. 103-117). NED ediciones.
- Skliar, C. (2002). ¿Y si el otro no estuviera allí? *Educação & Sociedade*, 23(79), 86-123.
- Spinoza, B. (1980). *É T I C A demostrada según el orden geométrico*. Editora Nacional.
- Stengers, I. (2023). Prestar Atención. En A. Fernández-Savater & O. Etxeberria (Coords), *El eclipse de la Atención* (pp. 79-85). NED ediciones.